

mento difícil se viese Josefina rodeada de sus hijos, y recibiera los consuelos que pensaba debían serle mas dulces. En seguida, llamó al archicanciller Cambaceres, y á Mr. de Champagny, y se franqueó con ellos, con ellos únicamente, y habiéndoles por separado, sobre la resolución que habia tomado definitivamente, y á la cual debían concurrir cada uno por su parte.

Con el archicanciller Cambaceres se ocupó de la forma en que habia de verificarse el divorcio, diciendo que Josefina sospechaba lo que estaba preparándose: pero que aguardaba al principe Eugenio para confesárselo todo; que hasta entonces se guardase el mas profundo secreto, y que inmediatamente debia terminarse el asunto. Le repitió las razones que tenia para divorciarse, hijas de la necesidad de dar un heredero al imperio, un heredero cuya legitimidad no se pusiese en duda, y ante el cual se desvaneciese la envidia de su familia. Dejó ver de nuevo todas las ilusiones que se forjaba acerca de la duracion de su reinado, ilusiones fundadas no en la prudencia, sino en un matrimonio que aunque tuviese utilidad, seria de poca importancia contra la Europa conjurada. Habló por lo demas para ordenar, no para consultar, y se mostró resuelto á rodear ese acto de fórmulas afectuosas y honoríficas para Josefina. No queria nada que pudiera parecerse á un repudio, y solo admitia una simple disolución del vínculo conyugal, apoyada en el consentimiento mútuo, consentimiento fundado en el interés del imperio. Convino en que despues de un consejo de familia en que los esposos manifestarian su voluntad al archicanciller Cambaceres, un *senatus-consultus* da-

do por el Senado con toda solemnidad, declararia la disolución del vínculo civil, y que en esa misma acta se aseguraria magníficamente la suerte de Josefina. Napoleon habia decidido que tuviese un palacio en Paris, un sitio real en el campo, tres millones de renta, y el primer rango entre las princesas despues de la futura emperatriz reinante. Ademas se proponia conservarla á su lado como su mejor y mas tierna amiga.

En todos estos arreglos olvidó Napoleon el vínculo espiritual, que era preciso disolver tambien para que el divorcio fuese completo. Segun parecia daba á esto poca importancia, creyendo habrían guardado secreto el cardenal Fesch y Josefina sobre la consagración religiosa que se dió á su matrimonio la vispera de su coronación; pero el cardenal habia hablado de ello al archicanciller Cambaceres, y éste manifestó á Napoleon que las córtes extranjeras en quien pensase para contraer nuevo enlace, podrian muy bien dar á la cuestion religiosa mas importancia que la que él le daba, y que por lo mismo era preciso ocuparse de disolver el vínculo espiritual igualmente que el civil. Napoleon se enfadó mucho con el cardenal Fesch, y dijo que la ceremonia hecha sin testigos en la capilla de las Tullerías, no tenia ningun valor, que su único objeto fue tranquilizar la conciencia del papa, y que era una perfidia de su tío el cardenal querer suscitarle en aquel momento semejante obstáculo. Convino sin embargo en que asi que no hubiera precision de guardar el secreto, reuniría el archicanciller Cambaceres algunos obispos para buscar un medio de disolver el vínculo espiritual sin recurrir al papa, de quien nada

podía esperar en el estado en que se hallaban las relaciones del imperio con la iglesia romana.

Napoleon se ocupó en seguida de la princesa que llamaría á reemplazar á Josefina en el trono de Francia, y sobre ello tomó por único confidente á Mr. de Champagny, lo mismo que habia tomado al principe de Cambaceres por único confidente respecto á las cuestiones de fórmula. Era preciso que el nuevo casamiento, dándole un heredero, y sirviéndole así á su política de fundador de imperio, sirviese tambien á su política exterior, consolidando su sistema de alianzas. Podía escoger esposa ó en las córtes pequeñas ó en las grandes, como hacen los monarcas preponderantes. Buscando sus esposas en las grandes córtes, se refuerzan con la buena voluntad de los estados importantes; pero no por mucho tiempo, segun demuestra la esperiencia, pues los grandes estados se tienen necesariamente envidia, y los enlaces de familia no son sino treguas á esa misma envidia. Enlazándose con los pequeños, se ligan con mas solidéz las únicas córtes que pueden serles fieles, porque no teniendo razon para ser envidiosas, les es dado guardar fidelidad cuando está no obstante plenamente satisfecho su interés. De pedir su nueva esposa á una córte secundaria, Napoleon podia hacer una eleccion sencilla y honrosa, cual era la de la hija del rey de Sajonia, el principe aleman que le era mas adicto, que mas le debia, y que mas merecedor era de aprecio. La princesa era de edad madura, de buena constitucion y de respetables costumbres: era, pues, ese enlace fácil y seguro en todos conceptos, aunque se presentase como poco brillante.

De dirigir sus miradas hácia las córtes principales, Napoleon no podia elegir sino entre Austria y Rusia. Nada mas noble, nada se acercaba tanto ó lo que se llama legitimidad, como una alianza con el Austria, y esta alianza era posible, pues los representantes de la córte de Viena habian insinuado de cien modos que aquella córte tendria muy á bien unirse á Napoleon; ¡pero eran tan recientes los odios! Acababan de degollarse, y si se abrazaban, si se enlazaban tan pronto despues de las batallas de Essling y Wagram, ¿no seria esto una inconsecuencia chocante para el buen sentido de los pueblos? Por otra parte (y esta era la razon principal), era renunciar á la alianza rusa que desde lo de Tilsit constituia el fundamento de la política imperial. Hacia mas de seis meses que Napoleon tenia mas de un motivo para mirar con frialdad á Alejandro, especialmente por lo mal que le habia ayudado en la última guerra; pero todavia consideraba la alianza rusa como la principal, como la que le bastaba para tener el continente sujeto y á la Inglaterra aislada, suponiendo que por lo fria no produjese sino la neutralidad. Quería, pues, conservarla, sin dejar por eso de decir al emperador Alejandro, como lo habia hecho en las últimas comunicaciones, en qué tenia motivo para estar contento ó descontento de él.

Un matrimonio con la córte de Rusia estaba naturalmente indicado por todo cuanto habia pasado antes, pues Napoleon habló en Erfurt al emperador Alejandro de que seria posible se casase con una princesa rusa, con la gran duquesa Ana que permanecia soltera, y el czar se mostró por lo que hace á él, enteramente dispuesto á consen-

tir en ello, dando á entender que solo preveía dificultades por parte de su madre, princesa digna de respeto, pero orgullosa y llena de las preocupaciones de la aristocracia europea. Dicha princesa se apresuró á enlazar á la gran duquesa Catalina, princesa notable por su hermosura, su talento y su carácter, y de edad á propósito para casarse, con un simple duque de Oldenburgo, á fin de evitar una petición que preveía y temía. Era, pues, de recelar no estuviese dispuesta en manera alguna á dar su segunda hija á Napoleon, cuando no habia vacilado en precipitar el casamiento de la primera por evitar un enlace contrario á sus sentimientos personales. Alejandro, no obstante, prometió su mediacion y casi el éxito, aunque sin comprometerse á ello, porque estaba resuelto á no violentar á su madre; y con esto, segun hemos dicho en su lugar, se separaron encantados el uno del otro. Despues de estas conferencias, era imposible pensar en otro enlace sin romper la alianza, y esto es lo que no queria Napoleon. Por otra parte, esperaba que semejante matrimonio volvería á la alianza rusa todo el calor que habia perdido, y toda la influencia que aguardaba en Europa.

En su consecuencia mandó á Mr. de Champagny dirigiese á San Petersburgo un despacho en cifra que escribiría de su puño y letra, que Mr. de Caulaincourt por su parte descifraría él mismo, que seria un secreto para todo el mundo, hasta para Mr. de Romanzoff, y del que solo tendria conocimiento el emperador Alejandro en persona. En ese despacho de fecha 22 de noviembre (1), decia Mr. de Champagny:

(1) Hablo, como se comprendo, con arreglo á los mis-

«En Erfurt llegaron á oídos del emperador Alejandro voces de divorcio, y habló de ello al emperador, diciéndole estaba á su disposicion su hermana la princesa Ana. S. M. quiere que abordeis la cuestion franca y sencillamente con el emperador Alejandro á quien hablareis en estos términos:

«Señor, tengo motivos para pensar que instado mi emperador por toda la Francia, se dispone á divorciarse. ¿Puedo decir que no hay dificultad en contar con vuestra hermana? Piense en ello dos dias V. M., y deme una contestacion franca, no como al embajador de Francia, sino como á una persona que quiere con pasion á las dos familias. No os hago una petición formal, sino solicito me manifesteis vuestros intentos, aventurando, señor, este paso porque estoy muy acostumbrado á decir á V. M. lo que pienso, sin temor de comprometerme jamás.

«No hablareis de esto á Mr. de Romanzoff bajo ningun pretesto, y cuando hayais tenido esta conversacion con el emperador Alejandro, y la que debe haber al cabo de dos dias, olvidareis enteramente la comunicacion que os hago. No os quedará ya entonces otra cosa que hacer sino darme á conocer las cualidades de la princesa, y sobre todo la época en que podrá hallarse en estado de ser madre, porque en los cálculos actuales constitu-

mos originales, desconocidos hasta ahora. Nada tan curioso ni que haya sido mas desfigurado en las narraciones públicas, como lo concerniente al divorcio y al matrimonio de Napoleon. Escribo segun lo que de sí arroja la correspondencia secreta, y lo que dicen las memorias ineditas del principe de Cambaceres y de la reina Hortensia.

yen un objeto seis meses de diferencia. No necesito encargar á V. E. el secreto mas inviolable, porque sabe lo que debe al emperador tocante á este punto.»

Enviados estos despachos y dispuesto todo para atraer la disolucion del matrimonio con la emperatriz Josefina, y la formacion de un nuevo enlace con una princesa rusa, Napoleon aguardaba con impaciencia la llegada del príncipe Eugenio para decirselo todo á Josefina, cuando se le escapó á pesar suyo el temible secreto. Como cada dia estaba la infeliz mas triste, agitada é importuna con sus quejas, cansado Napoleon, acertó sus reconvençiones, diciéndole era preciso pensar en otros vinculos que los que los unian; que la salvacion del imperio exigia al fin una gran resolucion de su parte, y que contaba con su valor y adhesion para consentir en un divorcio, al cual le era muy difícil resolverse él mismo. Apenas pronunció estas palabras terribles, se deshizo en lágrimas Josefina, y cayó casi desmayada. El emperador llamó al momento á Mr. de Beausset, chambelan que estaba de servicio, le dijo que le ayudara á levantar á la emperatriz que habia sido atacada de violentas convulsiones, y sosteniéndola ambos en sus brazos la trasladaron á sus aposentos.

Avisóse á la reina Hortensia, la cual corrió en busca del emperador, encontrándole conmovido á la par que irritado de los obstaculos que se oponian á sus designios. Este le dijo bruscamente, casi con dureza, que habia tomado su partido, y que con lágrimas y gritos no se le haria variar de una resolucion inevitable para la salvacion del imperio. Mostrábase duro como para contener los

llantos que conocia no podia ver sin perder la energia. La reina Hortensia, cuyo orgullo se resintió en aquel momento por ella y por su madre, se apresuró á responder al emperador que no oiria lloros ni lamentos, que la emperatriz no dejaria de someterse á sus deseos, y bajar del trono como habia subido, por su voluntad; y que sus hijos, satisfechos con renunciar á grandezas que no les habian dado la dicha, consagrarían de buen grado su vida á consolar á la mejor y mas tierna de las madres. La desgraciada esposa del rey Luis tenia muchos motivos para hablar así; pero al oirla Napoleon, pasando al instante de la dureza que fingia á la emocion verdadera que sentia en el fondo de su corazon, rompió tambien á llorar, y manifestó á su hija adoptiva todo el dolor que experimentaba, toda la violencia que tenia que hacerse para tomar el partido que habia tomado, toda la gravedad de los motivos que le decidian á obrar de esta suerte, y le suplicó que no le dejase, que permaneciese á su lado con el príncipe Eugenio, para ayudarle á consolar á su madre, á hacer que tuviese calma, resignacion, hasta que fuese feliz, convirtiéndose en amiga, de esposa que ya no podia ser.

Napoleon contó entonces cuanto queria hacer por ella, á fin de disimularle hasta donde fuese posible el cambio de situacion que iba á seguirse á ese penoso divorcio. Palacios, quintas, magnificas rentas, el primer rango en la corte despues del de la emperatriz reinante, todo esto por poco que fuese bajo del trono, era algo, no obstante, para la inconstancia y frivolidad de espíritu de Josefina. La reina Hortensia, que queria con ternura á su ma-

dre, corrió á su lado para tratar de consolarla, ó á lo menos atenuar su pena, y vió correr abundantes lágrimas; lágrimas que tambien vertió ella; pero sin embargo, Josefina se mostró mas tranquila los siguientes días. Aguardaba á su hijo, y mientras no llegaba, mientras no intervenia un acto solemne entre ella y su esposo, tenia esperanza aun. Napoleon, por lo demas, la colmaba de atenciones ahora que estaba revelado el terrible secreto, hasta el extremo de hacerla forjarse ilusiones.

Entretanto el rumor de la pena de Josefina oido por la servidumbre de palacio, resonó bien pronto en las Tullerías, y de las Tullerías pasó á París. Por otra parte, el júbilo de la familia Bonaparte, que siempre habia tenido envidia á la familia Beauharnais, se manifestaba por medio de indiscreciones involuntarias que eran suficientes á revelar todo lo que habia. Ya tambien una corte ingrata y curiosa, anticipándose á las voces del público, olvidaba á la emperatriz destronada, para no ocuparse sino de la emperatriz futura, y buscarla por todos los tronos de Europa. Napoleon queria poner término á una situacion tan penosa como falsa, y solo aguardaba para ello la llegada del príncipe Eugenio.

Este príncipe excelente llegó á París el 9 de diciembre, y su hermana, que salió á recibirle, se arrojó en sus brazos, anunciándole la triste suerte de su madre. Hasta entonces habia estado en la incertidumbre, y en lugar de preveer una desgracia se le indujo un momento á esperar el colmo de las grandezas, pues la princesa augusta, su esposa, le dijo se le llamaba quizá para declararle heredero del imperio. Los triunfos que alcanzó en la última

guerra contribuyeron á proporcionarle esa corta ilusion. Por lo demas, ese príncipe, moderado en sus deseos, al saber el motivo por que se le llamaba á París, se afligió principalmente por su esposa, pues era evidente que si Napoleon tenia un hijo por sucesor, no reduciria la herencia de este hijo, ni separaria de esa herencia el reino de Italia. Era preciso, pues, renunciar no solo al trono de Francia, al cual no habia aspirado despues de todo, sino al de Italia, que parecia estaba destinado á conservar como patrimonio por el largo tiempo que lo habia poseido.

Se trasladó, no obstante, á la cámara del emperador, resignado á todo, y sufriendo por sus deudos mas que por sí propio. Napoleon, que le queria, le estrechó en sus brazos, le esplicó sus motivos, le demostró la imposibilidad que habia de que él, Beauharnais, reinase sobre los Bonaparte, tan difíciles de someter, y le trazó sus proyectos para conservar á los Beauharnais una existencia adecuada á las grandezas que habian disfrutado por espacio de algunos años. En seguida llevó á Josefina sus dos hijos. La entrevista fué larga y dolorosa. «Es preciso que nuestra madre se aleje, repetia Eugenio, como ya lo habia dicho la reina Hortensia, es preciso que nosotros nos alejemos con ella, y que todos juntos vayamos á espiar en el retiro una grandeza efimera, que ha turbado nuestra existencia mas bien que embellecídola.» Napoleon, conmovido, trastornado, llorando como ellos, les dijo que al contrario, era preciso permanecieran á su lado con su madre, en todo el esplendor en que queria mantenerlos, pero que quedara bien sentado que Josefina no habia sido re-

pudiada ni caído en desgracia, sino sacrificándose á una necesidad de Estado, recompensándole su noble sacrificio con la grandeza de sus hijos y la tierna amistad del que habia sido su esposo.

Después de muchas exageraciones, porque la exageracion calma la pena lo mismo que el llanto, los hijos de Josefina, colmados de muestras de cariño por Napoleon, experimentaron un alivio que pasó al corazón de su madre. Un poco de tranquilidad sucedió á aquellas violentas agitaciones, pero dejaron en el noble rostro de Napoleon huellas profundas que llamaron la atención á los que no le creían capaz de concebir en su imperiosa alma sino resoluciones fuertes y ningún afecto tierno. Hecho el sacrificio, era menester que fuese irrevocable: escogióse, pues, el 15 de diciembre para consumar la disolución del vínculo civil, con arreglo á las formalidades adoptadas por Napoleon y el archicanciller Cambaceres.

El 15 por la tarde se reunió toda la familia imperial en la cámara de Emperadores, concurriendo á aquel acto además de la emperatriz madre, el rey y la reina de Holanda, el rey y la reina de Nápoles, el rey y la reina de Westfalia y la princesa Borghese, el archicanciller Cambaceres y el conde Regnaud de Saint-Jean-d'Angely, estos dos últimos desempeñando las funciones de oficiales del estado civil por la familia imperial. Napoleon, en pie, teniendo de la mano á Josefina que estaba anegada en llanto, y agolpándosele á los ojos las lágrimas á él también, leyó el discurso siguiente:

«Primo mío el príncipe archicanciller, os he dirigido una carta cerrada con fecha de hoy, mandándoos venir á mi cámara á fin de daros á conocer la

resolucion que hemos tomado yo y la emperatriz mi muy cara esposa. Mucho me alegró que los reyes, reinas y princesas, mis hermanos y hermanas, cuñados y cuñadas, mi hija política y mi hijo político, á quien he adoptado por hijo, así como mi madre, estén presentes á lo que voy á hacerlos saber.

«La política de mi monarquía, el interés y la necesidad de mis pueblos, que constantemente han guiado mis acciones, exigen que muerto yo deje á hijos, herederos del amor que profeso á mis pueblos, este trono en que me ha colocado la Providencia. Sin embargo, hace algunos años que he perdido la esperanza de tener hijos de mi matrimonio con mi muy cara esposa la emperatriz Josefina; y esto me obliga á sacrificar los afectos más dulces de mi corazón, á no consultar sino el bien del Estado, y á querer se disuelva nuestro matrimonio.

«Teniendo cuarenta años de edad, puedo concebir la esperanza de vivir lo bastante para educar según mis ideas y sentimientos á los hijos que la Providencia tenga á bien darme. Dios sabe cuánto ha costado á mi alma semejante resolución; pero no hay sacrificio á que no se sobreponga mi ánimo cuando está demostrado que será útil al bien de la Francia.

«Necesito añadir que lejos de haber tenido nunca que quejarme, no tengo al contrario sino motivos por que felicitar me del cariño y la ternura de mi muy cara esposa. Ella ha embellecido mi vida por espacio de quince años, y su recuerdo permanecerá siempre grabado en mi corazón. Ella fué coronada por mi mano, y quiero que conserve el rango y el título de emperatriz; pero sobre todo

que jamás dude de mis sentimientos, y me tenga siempre por su mejor y mas caro amigo.»

Cuando dejó de hablar Napoleón, Josefina, que tenía un papel en la mano, trató de leerlo; pero los sollozos ahogaban su voz, y lo entregó á Mr. de Regnaud, quien leyó las palabras siguientes:

«Con permiso de mi augusto y caro esposo, debo declarar que no conservando esperanza alguna de tener hijos que puedan satisfacer las necesidades de su política, y el interés de la Francia, me complazco en darle la mayor prueba de cariño y de adhesión que se ha dado en el mundo. Todo lo debo á sus bondades; su mano me ha coronado, y sentada en ese trono no he recibido del pueblo francés sino muestras de afecto y amor.

«Creo dar una prueba de gratitud á estos sentimientos, consintiendo en la disolución de un matrimonio que de hoy mas es un obstáculo para el bien de la Francia, y que la priva de ser gobernada algun dia por los descendientes de un gran hombre, tan evidentemente suscitado por la Providencia para borrar los males de una revolución terrible, y restablecer la religión, el trono y el órden social. Empero la disolución de mi matrimonio no hará variar los sentimientos de mi corazón, y siempre seré para el emperador su mejor amiga. Sé cuanto ha afligido su alma este acto, que exigen la política é intereses de cuantía, pero uno y otro nos gloriamos del sacrificio que hacemos en aras de la patria.»

Después de estas palabras, las mas bellas que se pronunciaron en aquella circunstancia, porque preciso es decir que nunca han presidido á un ac-

to de este género menos pasiones vulgares; el archicanciller Cambacères estendió un acta con las dos declaraciones, y abrazando Napoleón á Josefina la condujo á sus aposentos, donde la dejó casi desmayada en brazos de sus hijos. Inmediatamente se trasladó á la sala del consejo, pues con arreglo á las constituciones del imperio estaba reunido un consejo privado para redactar el senado-consulta que debia pronunciar la disolución del matrimonio de Napoleón con Josefina. Redactado el senado-consulta, habia que pasarlo al Senado al dia siguiente.

Pasó, en efecto, y el alto cuerpo convocado por órden del emperador, se reunió para recibir la declaración de los dos augustos esposos, y determinar sobre su resolución. Empezó la sesión por admitir como senador al príncipe Eugenio, quien habia sido nombrado cuando partió para Italia, y aun no habia tomado asiento. Con motivo del nuevo senado-consulta, pronunció algunas palabras dignas y sencillas que le habian preparado. «Mi madre, mi hermana y yo, dijo, todo lo debemos al emperador. Ha sido para nosotros un verdadero padre, y en todo tiempo encontrará en nosotros unos hijos adictos, unos súbditos sumisos.

«Importa á la dicha de Francia que el fundador de esta cuarta dinastía envejezca rodeado de una descendencia directa, que á todos nos sirva de garantía, como prenda de gloria para la patria.

«Cuando mi madre fué coronada ante toda la nación por su augusto esposo, contrajo la obligación de sacrificar todas sus afecciones á los intereses de la Francia, y ha cumplido con este deber animosa, noble y dignamente. Muchas veces se ha

enternecido su alma al ver entregado á penosos combates el corazón de un hombre que está acostumbrado á dominar la suerte, y á caminar siempre con pie firme á la realización de sus grandes designios. Las lágrimas que ha costado al emperador esta resolución bastan á la gloria de mi madre. En la situación á que va á pasar, no mirará como una estraña las nuevas prosperidades que nos aguardan, y al contrario, vera con satisfacción mezclada de orgullo todo cuanto redunde, gracias á sus sacrificios, en bien de su patria y del emperador.»

Sin levantar la sesión fué aprobado el senado-consulta, el cual declaraba disuelto el matrimonio contraído entre el emperador Napoleón y la emperatriz Josefina, mantenía á esta en el rango de emperatriz coronada, le señalaba una renta de dos millones, y hacia obligatorias para los sucesores de Napoleón las disposiciones que adoptase en su favor sobre la lista civil. Estas disposiciones fueron el regalo de una pensión anual de un millón pagada por la lista civil, aparte de los dos millones satisfechos por el tesoro del Estado, y la cesión en propiedad de los sitios reales de Navarra y de la Malmaison, y de una multitud de objetos preciosos.

Al día siguiente, 17 de diciembre, se insertaron en el *Monitor* todos los documentos, y el público supo la disolución del matrimonio, conmoviéndose con la suerte de Josefina, quien era querida por su bondad, y aun por sus faltas, adecuadas al carácter de la nación. Sin embargo, después de concederse á su desgracia un momento de interés, no se pensó ya sino en adivinar quién la reemplazaría,

dividiéndose la opinión entre una princesa rusa y una princesa austriaca; pero generalmente se creía mas en el enlace con una princesa rusa, fundándose, lo mismo que Napoleón, en el motivo de la alianza con Rusia. En cuanto a la desgraciada Josefina, se retiró á la Malmaison, donde vivía rodeada de sus hijos, que procuraban consolarla, sin conseguirlo mucho. Napoleón fué á verla á la mañana siguiente, y siguió visitándola cada día. Por lo demás, creyó que debía envolverse en una especie de luto, y dejando á los ilustres huéspedes que habían venido á su corte, se retiró á Trianon, para cazar allí, trabajar y esperar el resultado de las negociaciones principiadas.

El 17 (día en que se insertó en el *Monitor* el senado-consulta), se enviaron nuevos despachos á San Petersburgo, á fin de instar á la corte de Rusia á que contestase al momento con sí ó con no. Declábase en ellos serian aceptadas todas las condiciones, hasta las relativas á la religion, y solo podía haber obstáculo en la edad y la salud de la princesa, pues se quería un heredero antes que nada, pero que si podía esperarse de su edad y el estado de su salud que tendría hijos, y si consentía su familia en el enlace propuesto, era preciso llegase la contestación sin demora, y que inmediatamente se celebrase la alianza descada, porque la Francia no debía permanecer mas tiempo en la incertidumbre.

El archicanciller Cambaceres recibió encargo de proseguir la disolución del vínculo espiritual, á fin de desvanecer los escrúpulos de las cortes donde se profesara la religion católica, si se solicitaba una princesa de esta religion. Respecto al



vínculo espiritual, así como para el civil, la anulacion del matrimonio, fundada en una razon de fórmula ó de gran interés público, se prefirió al divorcio ordinario, como mas honroso para Josefina, y mas conforme con las ideas religiosas que dominaban. Prevalció igualmente la resolucion de prescindir de la intervencion del papa, y el archicanciller Cambaceres, muy esperto en estas materias, y en general en todas las que exigian conocimientos, prudencia y gran fertilidad de recursos, reunió una comision de siete obispos á los cuales sometió el caso de que se trataba. Esos obispos eran el de Montefiascone (cardenal Maury) el de Parma, el arzobispo de Tours, y los obispos de Verceil, Evreux, Treves y Nantes. Estos sábios prelados, despues de un exámen profundo, reconocieron que si para disolver un matrimonio regular por un gran interés de Estado, la única autoridad competente era el papa, bastaba para un matrimonio irregular como el de que se trataba, la autoridad de la curia eclesiástica diocesana. Ahora bien, la ceremonia oculta que se celebró en una capilla de las Tullerías sin testigos (1) y sin consentimiento bastante de los contrayentes, no

(1) Por una indicacion falsa de una Memoria contemporánea y manuscrita dije en el tomo 5.º, página 375, que Mrs. de Talleyrand y Berthier asistieron como testigos al matrimonio religioso celebrado en secreto en las Tullerías la vispera de la consagracion. El autor de esa Memoria oyó los hechos de boca de la emperatriz Josefina, y cometió un error. El exámen de documentos oficiales que no he podido proporcionarme sino mas tarde me proporciona la ocasion de rectificar ese error que por lo demas solo tiene importancia puramente bajo el aspecto de la forma.

podia constituir un matrimonio regular, dijera lo que dijera el cardenal Fesch. Era preciso, pues, proseguir la anulacion por falta de fórmula ante la curia eclesiástica diocesana en primera instancia, y en seguida ante la autoridad metropolitana.

Consiguiente á este dictámen, se instruyó en secreto un espediente canónico á peticion del archicanciller, como representante de la familia imperial, para lograr la anulacion del matrimonio religioso que existia entre el emperador Napoleon y la emperatriz Josefina. Hubo que oír testigos, siéndolo el cardenal Fesch, y Mrs. de Talleyrand, Berthier y Duroc, el primero sobre la fórmula que se observó, y los otros tres sobre la índole del consentimiento dado por las partes. El cardenal Fesch declaró habia hecho que el papa le dispensara la no observancia de ciertas fórmulas en el desempeño de sus funciones de limosnero mayor, lo cual justificaba, segun él, la falta de testigos y de cura. En cuanto al título, afirmó que existia, y con esto hizo fuese inútil la precaucion que se habia tenido de recoger á Josefina la partida de casamiento, que le facilitó el cardenal Fesch, y que sus hijos lograron de ella con mucho trabajo. Mrs. de Talleyrand, Berthier y Duroc afirmaron que Napoleon les habia dicho repetidas veces no quiso consentir sino en una pura ceremonia para tranquilizar la conciencia de Josefina y la del papa, pero que en todas épocas habia sido su intencion formal no completar su enlace con la emperatriz, por tener la desgraciada certeza de verse obligado bien pronto á renunciar á ella en interés de su imperio. En esas declara-

ciones se referian pormenores circunstanciados que no daban lugar á duda alguna sobre este punto.

La autoridad eclesiástica, examinados los hechos, reconoció que no habia consentimiento suficiente; pero por respeto á las partes, no quiso apoyarse especialmente en esta nulidad, y se fijó en otras tan importantes como ella, las cuales provenian de no haber habido testigos ni *sacerdote propio*, es decir, el cura de la parroquia (único ministro acreditado por el culto católico para dar carácter de autenticidad al matrimonio religioso). Declaró que las dispensas concedidas al cardenal Fesch como limosnero mayor, de un modo general, no pudieron conferirle las funciones curiales, y que por lo tanto el matrimonio era nulo por falta de las fórmulas mas esenciales. En su consecuencia el matrimonio fué anulado ante las dos jurisdicciones diocesana y metropolitana, es decir, en primera y segunda instancia, con el decoro conveniente, y en plena observancia del derecho canónico.

Napoleon era, pues, libre, sin haber recurrido á nada de lo que ha deshonrado en la historia los repudios de princesas, sin haberse valido de la fórmula del divorcio, poco conforme con nuestras costumbres, y con todos los miramientos debidos á la esposa infortunada que habia compartido y hermoñado tanto tiempo su vida, segun él mismo acababa de decirlo. Por lo demas, no se le pedia todos esos escrúpulos, sino que eligiera esposa para saber lo que era preciso pensar del porvenir. Tambien él aguardaba para conocerlo la contestacion de San Petersburgo, y se impacientaba por que no la recibia.

La comunicacion de que se habia encargado Mr. de Caulaincourt era delicada y difícil, y aunque el gran favor que disfrutaba para con el emperador Alejandro se lo facilitaba todo, no eran, sin embargo las circunstancias á propósito para salir bien, pues la última guerra habia alterado mucho la alianza entre las dos córtes. En primer lugar, si las cosas anduvieron mejor aquel año en Finlandia, si una revolucion que daremos á conocer mas tarde habia derribado del trono al rey de Suecia, produciendo la paz y la cesion á Rusia de la Finlandia, los sucesos ocurridos en Oriente no eran tan favorables á la ambicion rusa, y desde que se dió al emperador Alejandro libertad absoluta con respecto á Turquía, casi no habia hecho progreso alguno en el Danubio, de manera que aun no habia conquistado de los turcos la Moldavia y la Valaquia, aunque Napoleon las concedió. No estaban, pues, muy satisfechos en San Petersburgo de la alianza francesa, bien que la culpa la tenían ellos, y no esa alianza que todo lo habia otorgado. En segundo lugar, Napoleon, disgustado del poco auxilio que habia recibido de su aliado le trató con alguna indiferencia durante la campaña, no le escribió hasta despues que ésta terminó, y habia empleado una altanería singular, aunque sin quejarse, en ponderar la ineficacia de los auxilios rusos.

Alejandro, obligado á confesar la insuficiencia de su gobierno, ó su mala voluntad, prefirió mucho mejor lo primero, mas se resintió en extremo su amor propio. «¿Qué se queria que hiciese? repetia á cada momento. Mis asuntos en Finlandia y en Turquía no han sido manejados mejor